

# LA ARQUITECTURA DEL TURISMO. LOS ORÍGENES DE LA OFERTA HOTELERA EN MÁLAGA (SIGLOS XIX-XX)

VÍCTOR MANUEL HEREDIA FLORES

Desde las “fondas” y posadas existentes ya en el siglo XIX y que fueron inmortalizadas por los viajeros extranjeros, pasando por los establecimientos instalados en los edificios que se concentraban en la Alameda malagueña y sus alrededores, hasta la etapa más suntuosa, que tuvo lugar antes de la Guerra Civil, el autor hace un recorrido por los lugares de hospedaje que existieron en la ciudad de Málaga, en realidad el germen de la industria hotelera actual.

ESTE TRABAJO PRETENDE realizar un breve recorrido por la historia de la hostelería malagueña durante la etapa que va desde, aproximadamente, principios del siglo XIX hasta el estallido de la guerra civil de 1936. En esta época se fueron poniendo lenta y progresivamente las bases del espectacular desarrollo turístico de la segunda mitad del siglo XX. Málaga, como el resto de Andalucía, no fue ajena al nacimiento de las primitivas corrientes turísticas y viajeras decimonónicas, y no pocos naturales y forasteros empezaron a adivinar las posibilidades que albergaba esta tierra como lugar de vacaciones y descanso.

En cuanto al marco espacial, me voy a limitar a la ciudad de Málaga. Por diferentes causas, especialmente por el mal estado de las comunicaciones y por el modelo turístico vigente entonces, el resto de la provincia permaneció prácticamente al margen de ese incipiente turismo (con la salvedad de algunos balnearios del interior), ofreciéndose una oferta muy concentrada en la capital. Esto no quiere decir que las cabeceras de comarca no contaran con posibilidades de alojamiento para los visitantes, pero en ningún caso existía una vocación turística. La única excepción a esta afirmación la encuentro en Ronda, ciudad que siempre fue parada obligada de los viajeros por An-

dalucía desde el romanticismo. Ronda, gracias a su conexión con la red ferroviaria, dispuso desde 1906 del prestigioso *Hotel Reina Victoria*, construido por una compañía inglesa ligada al ferrocarril y determinante en la promoción internacional de la localidad.

En este recorrido por la historia de la oferta hotelera malagueña, distingo tres etapas en el periodo antes señalado, haciendo una breve introducción sobre los antecedentes hasta el siglo XIX. Esas tres etapas son las siguientes:

- Una primera que se extendería desde comienzos de dicho siglo hasta aproximadamente 1870, caracterizada por las fondas, que conocemos gracias a los testimonios de los viajeros románticos, ubicadas casi todas en la Alameda y sus proximidades;
- otra etapa que ocuparía el último cuarto del XIX y las dos décadas iniciales del XX, en la que se consolida y amplía la oferta respondiendo al tímido pero constante aumento de la demanda, y en la que la apertura de la calle Larios atraerá a buen número de establecimientos que se instalarán en sus edificios;
- la tercera y última, a partir de 1915 aproximadamente, ve cómo el equipamiento hotelero se dota de nuevos y suntuosos alojamientos destinados a captar un turismo de medio y alto poder adquisitivo, que encuentra su espacio adecuado en el barrio residencial de La Caleta, buscando la proximidad del mar y un bello entorno natural.

Advierto de las dificultades que se encuentran a la hora de intentar reconstruir correcta y mínimamente la historia de la hostelería malagueña, ya que no se dispone de fuentes directas (documentación de los propios establecimientos, por ejemplo) y hay que recurrir a las indirectas: anuncios y noticias de prensa, guías, fotografías, crónicas de viajeros, folletos, etc. De todos modos, ha sido posible identificar la mayoría de los hoteles y, como grata sorpresa, puedo indicar que se conservan gran parte de los edificios que albergaron en su tiempo a los establecimientos hoteleros pioneros en la brillante y ascendente trayectoria del turismo en la Costa del Sol.

### **Los antecedentes: mesones y posadas**

Aunque algunos autores apunten el origen romano de las hospederías, aquí me voy a limitar a señalar su antecedente musulmán, el *fundaq*. El *fundaq* o alhóndiga era el

edificio destinado al almacenaje y venta de productos alimenticios, ofreciendo al mismo tiempo alojamiento para aquellos que acudían a las ciudades a venderlos. Los cristianos dieron a las alhóndigas un uso exclusivamente mercantil, lo que hizo necesaria la aparición de mesones y posadas para dar alojamiento a hombres y bestias, generalmente ubicadas en las cercanías de las entradas a las ciudades. Las posadas siguieron en su estructura espacial el mismo modelo del *fundaq* musulmán: un patio central al que se abrían galerías en las que se disponían los aposentos. La planta baja se dedicaba a los espacios de convivencia, almacenaje y cuadras y las superiores (una o dos) a alojamiento.

En los mesones y posadas se ofrecía hospedaje, pero no comida. El posadero sólo estaba obligado a proporcionar cama, forraje para las bestias y los medios para que los huéspedes se cocinaran los alimentos que trajeran consigo. Sin embargo, los legisladores insistieron en numerosas ocasiones en la obligación de que en estos lugares se ofreciera comida.

Como comenta Rafael Recio, son numerosas las referencias a la mala calidad de las posadas en España durante los siglos XVII, XVIII y XIX. El oficio de posadero tenía muy mala consideración social, por lo que fue habitual que estuviera ejercido por extranjeros. En estos establecimientos debían hospedarse los viajeros de todas las condiciones sociales, desde el vagabundo hasta el caballero, pasando por el trajinante o el militar. La estratificación social se evidenciaba en el lugar que cada uno ocupaba en el edificio: los caballeros y adinerados podían disponer de cámaras o habitaciones individuales, mientras que los demás dormían en cuartos comunales.

Los espacios más importantes de la posada estaban en la planta baja, dispuestos alrededor del patio central. Eran la cocina, que servía al mismo tiempo de comedor y lugar de convivencia, y los establos para las caballerías mayores y menores, situados en la parte trasera. Las posadas mantenían cierto aire de las antiguas alhóndigas, puesto que eran punto de encuentro para los negocios y tratos relacionados con los productos del campo y con el ganado<sup>1</sup>.

En Málaga se conoce la existencia de mesones desde los Repartimientos que se hicieron entre los nuevos pobladores castellanos a finales del siglo XV. A mediados del XVIII el Catastro de Ensenada registra la existencia de once mesones y varias ventas, éstas localizadas en los caminos



*Parador de San Rafael, en calle Compañía (Archivo Temboury).*

cercanos a la ciudad. En los mesones encontraban albergue las personas procedentes de las comarcas vecinas que se veían obligados a pernoctar en la ciudad. Los propietarios eran en su mayor parte aristócratas e instituciones eclesiásticas<sup>2</sup>. Entre ellos se pueden citar el Mesón de Vélez (cuyo nombre aún conserva una calle), tres en calle Mármoles y seis en la calle Camas (de expresivo nombre) y alrededores. En esta última calle estaban el Mesón de Illescas, el del Patio, el de la Costilla y el de la Victoria, propiedad del convento que le daba nombre y que, según el citado Catastro, se componía de portal, patio, cocina, dos cuerdas, ocho cuartos bajos, catorce altos, pajar y torre.

Aún se conservan dos de estos mesones: el *Parador del General* y el Mesón de la Victoria. El primero de ellos, situado en la calle de los Mártires, se organiza en torno a un bello patio central cuadrado flanqueado por arcos sobre columnas, y está considerado como una de las más importantes construcciones domésticas malagueñas del si-

glo XVIII. En su origen, fue construido por el arquitecto Felipe de Unzurúnzaga como mansión de Francisco Vitoria en el año 1709 y, después de pasar por varias manos, fue destinado a posada a mediados del siglo XVIII<sup>3</sup>. Actualmente sirve de sede a la obra asistencial de San Juan de Dios. El *Mesón de la Victoria*, que se construyó en 1632, presentaba, al fondo de un retorcido callejón ya desaparecido, un portalón de piedra tras el que se disponían el zaguán y el acceso al patio, cuadrado y con tres arcos sobre columnas de piedra en cada frente. Alrededor del patio se distribuían, en la planta baja, la escalera, almacenes y algunas cámaras, mientras que en la superior las galerías servían de ingreso a los aposentos. En un lado del piso bajo estaba la cocina y al fondo las cuerdas<sup>4</sup>. Gracias a la iniciativa de una caja de ahorros el edificio fue rescatado de una muy posible desaparición y destinado a Museo de Artes Populares, conservando lo más importante de su estructura y elementos primitivos.

Bajo la denominación de parador encontramos un modelo de posada más evolucionado, vinculado a la aparición de las primeras líneas de transportes con los pueblos cercanos. El principal ejemplo lo tenemos en el *Parador de San Rafael*, situado en la calle Compañía, muy próximo a Puerta Nueva, tradicional punto de encuentro de las gentes que venían de los pueblos a comprar y vender mercancías en la ciudad. De grandes dimensiones, se construyó en parte sobre el solar de las antiguas murallas tras la demolición de éstas. Se entra al mismo a través de un largo pasillo, ya que el parador como tal carece de fachada a la calle, actuando como tal una hermosa casa de mediados del siglo XIX, obra del arquitecto Cirilo Salinas. El edificio se organiza a partir de un gran patio rectangular, al que dan tres plantas con amplias galerías que distribuyen las habitaciones, cubierto por una enorme armadura de madera. En la parte trasera estaban las cuerdas, los almacenes y otro patio de menores dimensiones con más habitaciones<sup>5</sup>. El león que corona la fachada, por el que ha sido conocido popularmente como Parador de la Leona, hace alusión al apellido del constructor del edificio. El estado de abandono en que se hallaba este antiguo parador hacía temer un deterioro irreversible, pero recientemente la Consejería de Turismo de la Junta de Andalucía ha presentado un proyecto para restaurarlo con objeto de acoger diversos servicios de la misma.

Estos mesones y paradores han permanecido abiertos como tales hasta mediados del siglo XX. Se intentaron adaptar a los nuevos tiempos como atestigua este anun-

cio de 1887 del Parador del General: «Es el primero en su clase que reúne todas las comodidades necesarias para los pasajeros, tanto para pupilos de todas clases y precios, como para coches, carros y caballerías»<sup>6</sup>. Su desaparición obedece a las profundas transformaciones que ha sufrido la sociedad y la economía españolas a partir de 1950, que dejaron obsoletas estas formas de alojamiento destinadas principalmente a los hombres del campo que visitaban la ciudad.

## Los viajeros románticos y los primeros hoteles

Durante el siglo XVIII en Europa se construyeron nuevas carreteras y otras infraestructuras que facilitaron los transportes, se desarrollaron líneas regulares de diligencias y navíos, y se mejoraron las condiciones de alojamiento. Todo esto fue facilitando la afluencia de viajeros en todas direcciones, especialmente de hombres adinerados y con ganas de conocer mundo, que reclamaban un nuevo tipo de hospedaje. Así aparecieron nuevas instituciones de hostelería que ofrecían una estancia confortable y eludían la anterior convivencia con gentes de toda condición: las casas de pupilos, las fondas y los hoteles. Desde principios del siglo XIX se fueron instalando, junto a las tradicionales posadas y paradores, estos locales, que respondían a las nuevas exigencias de la burguesía como clase ascendente, la cual reclamaba un tipo de alojamiento que reflejara la nueva estratificación social, y ofreciera mejores servicios y más calidad que las hosterías tradicionales. Una característica de estos primeros establecimientos especializados es que estarán regentados, en su mayoría, por extranjeros<sup>7</sup>.

La aparición de estos locales, auténticos pioneros de los posteriores hoteles, estuvo estrechamente ligado con la creación de las primeras empresas dedicadas al transporte de viajeros, cuyas oficinas de venta de billetes estaban instaladas en las principales fondas y hoteles de la ciudad. Precisamente esta es la época de los viajeros románticos, extranjeros que recorrieron España buscando aventuras y exóticas costumbres para luego, en muchos casos, plasmar sus experiencias en libros que a su vez animaban a otros a repetirlos. Gracias a las crónicas de sus viajes nos es posible conocer algunos detalles de la por entonces incipiente hostelería malagueña.

Algunos de estos viajeros venían atraídos ya por el clima de esta zona, especialmente por motivos de salud. Richard

Ford, en su *Manual para viajeros por España*, afirmaba que el clima de Málaga era el mejor del sur de Europa para los enfermos del pulmón, añadiendo que en la agradable aldea de Torremolinos don Nicolás Parody, que hablaba inglés, había adaptado una hermosa hacienda, con toda clase de comodidades, para los que acudían a estas tierras buscando una mejoría en su quebrantada salud<sup>8</sup>.

La gran novedad en el gremio de la hostelería decimonónica fueron las fondas, establecimientos de origen francés que, en aquellos momentos, representaban la modernidad y el confort. Rafael Recio nos las describe con estas palabras:

*«En su época de mayor gloria, primera mitad del siglo XIX, las fondas españolas con pretensiones europeas se asentaban en buenos edificios, ocupando las zonas más privilegiadas del casco antiguo y de las alamedas principales, rivalizando en calidad con los hoteles. Eran establecimientos pensados y organizados para una élite viajera, que se montaban siguiendo criterios estilísticos franceses o ingleses; pues muchos de sus huéspedes, sobre todo en las zonas costeras, eran de esas nacionalidades; utilizándose como camareros a nativos de estas naciones, en algunos casos»<sup>9</sup>.*

Las fondas introdujeron una novedad en la oferta hostelera: la *mesa redonda*, servicio que se ofrecía a determinadas horas y que permitía la comida en común de los huéspedes del local.

Una modalidad de características más modesta era la casa de pupilos (es decir, de huéspedes), establecimientos que ofrecían alojamiento y comida a personas, pero no tenían capacidad para las caballerías. Respondían a un viajero o transeúnte de nuevo cuño, que rehuía el trato con los campesinos habitual en las posadas pero que no podía permitirse el albergue en un hotel.

La diversificación de la oferta hotelera malagueña parece que tuvo lugar a partir de 1830. Esta diversidad de establecimientos se ve acompañada de una enorme confusión en la terminología, ya que a veces aparecen como fondas y otras como hoteles, siendo muy difícil determinar la verdadera naturaleza de cada uno. Por otro lado, su localización se focaliza en el paseo principal de la ciudad, la Alameda, y, en menor medida, en la Cortina del Muelle y zona adyacente (calle San Juan de Dios, plaza de los Moros), siempre cerca de la zona portuaria.

La Alameda era por entonces el escaparate de Málaga, lo primero que veían aquellos que desembarcaban en el



Vista de Puerta del Mar con la Fonda de la Alameda, a la izquierda. Grabado de "El Guadalhorce".

puerto, el lugar de residencia de las más ricas familias y el punto de encuentro de todos los habitantes de la ciudad. Madoz nos la describe así:

*«Prestan realce y hermosura á este paseo, los modernos y magníficos edificios que forman las calles de ambos costados, donde habita la clase mas opulenta del comercio marítimo de la plaza, su cercanía al puerto, y ser el parage de mayor concurrencia, no solo de las personas que á él se dirigen por gusto ó recreo, sino por ser el punto de tránsito y animacion del comercio, por su posicion intermedia entre la marina y el resto de la poblacion»*<sup>10</sup>.

El inglés Henry David Inglis escribió que el interior de muchos de los edificios de la Alameda le pareció «más espléndido que cualquier otra cosa de las que había visto antes en España». De hecho, varios hoteles se instalaron en antiguas casonas que habían pertenecido a familias principales y todavía exhibían —y exhiben en algunos casos— portadas de piedra, escudos nobiliarios, bellos patios y otros elementos característicos que los convertían en auténticos palacetes.

Una guía local del año 1838 nos cita una todavía muy reducida oferta hotelera de cierta calidad: cuatro locales bajo el epígrafe «fondas y posadas» y 39 como «posadas y mesones». La guía de Benito Vilá, publicada en 1861, cita tres fondas con hospedaje, cuatro sin hospedaje, 26 posadas y 21 casas de pupilos<sup>11</sup>.

El primer alojamiento de características «modernas» de que se tiene noticia en Málaga es la fonda de *Las Cuatro Naciones*, en la que estuvieron los ingleses Robert Semple en 1809 y William Jacob al año siguiente. Según Semple, estaba regentado por dos mujeres francesas, las cuales, debido a la invasión de España por las tropas napoleónicas, «estaban en una situación violenta, se sospechaba de ellas y algunos incluso las zahirieron. Alguna vez el populacho entró en el hotel en busca de fugitivos y hasta quebró las paredes para cerciorarse de que no había estancias secretas»<sup>12</sup>.

Debió ser la fonda más frecuentada de la ciudad durante el primer tercio del XIX y es citada como una de las mejores por Ford. Hacia 1842 parecía ser un lugar venido a

menos por lo que da a entender el coronel Napier, autor de una curiosa descripción de esta fonda. En ella destaca la figura de Pepe, el único y eficiente criado que había para todo: «Pepe estaba aquí y allá, en todas partes, limpiando botas, sirviendo la cena, haciendo recados y puntuando en la mesa de billar; todo muy rápido y al momento, aparentando poseer el don de la ubicuidad». El personal de la fonda se completaba con el ama Dolores, esposa del dueño: «Dolores llevaba el bar y la gracia con la que servía la limonada o naranjada hacía que cualquiera bebiese, tanto si estaba sediento como si no, y la bebida le pareciera dulce aunque estuviera amarga como el agraz»<sup>13</sup>. La fonda estaba ubicada en Puerta del Mar, ocupando, según Francisco Bejarano, el edificio que antiguamente había sido Aduana. Desapareció hacia 1850.

También es citado como uno de los mejores establecimientos el de *Los Tres Reyes*, del que algunos viajeros dicen que se trata de una posada, mientras que en las guías aparece como fonda. Rafael Recio cree que tuvo que ser un local híbrido entre las posadas y las fondas, las cuales constituían el escalafón intermedio hacia los primeros hoteles. El cónsul inglés se la recomendó a Henry David Inglis en 1830 y poco después Rochfort-Scott dice que era la mejor de su género existente en Málaga. Un ilustre visitante de este local fue el escritor francés Theophile Gautier, que la describe como una «casa relativamente cómoda, sombreada por hermosa parra, cuyos pámpanos se enredaban en los hierros de los balcones», aunque le atrajo más una criada muy bonita, «preciosa muestra de la hermosura malagueña»<sup>14</sup>. Era su dueño don Diego de Montes y se encontraba situada en la calle San Bernardo el Viejo en la parte posterior de la Cortina del Muelle. Su existencia se prolongó hasta finales del siglo XIX.

La *Fonda de la Danza* era más bien una casa de pupilos, según el comentario de Richard Ford, que llama la atención sobre la presencia de un camarero gallego que hablaba inglés. Fue uno de los locales preferidos por los extranjeros, que nos han legado curiosos testimonios sobre este establecimiento ubicado en la plaza de los Moros, muy cerca del anterior. Isabella Romer describía su estancia allá por 1842:

*«El hotel Ladanza, el mejor de Málaga, es lo que en España se llama Casa de Pupilos, es decir, que se proporciona a los viajeros una mesa común y donde no se sirven comidas individuales, ni hay cuartos privados, salvo las alcobas que, aunque muy parcamente amuebladas,*

*están perfectamente limpias (...). Nos sirvieron una abundante y heterogénea comida en la que los platos caseiros ingleses de pierna de carnero salcochado, biftecs con cebolla y pancakes se mezclaban con otros nacionales, tales como la sopa, la olla y el puchero. (...) Luego trajeron queso inglés y mantequilla salada de Cork (...); y con el excelente postre aportaron el complemento que jamás falta: los cigarros y las brasas. Sin embargo el vino de la tierra (el Málaga seco) que nos sirvieron como vino de mesa, era totalmente impotable, y ni siquiera los caballeros pudieron ingerirlo»<sup>15</sup>.*

Otros huéspedes muy conocidos de esta pensión fueron el barón Jean-Charles Davillier y el grabador Gustave Doré, que visitaron Málaga en 1862, llamándoles la atención el aspecto alegre y animado de la ciudad, en contraste con la calma y el silencio de Granada, de donde procedían. Con el paso del tiempo aquel camarero gallego, llamado Matías Balcón, se hizo dueño del local.

Hay que tener en cuenta que en muchas ocasiones los viajeros preferían alojarse en casas de huéspedes para poder imbuirse mejor en el ambiente local, por lo que rehuían las fondas, «ya que en ellas, iguales en todos los sitios, cortadas por idéntico patrón, no se pueden estudiar las costumbres locales», en confesión de Charles Dembowski.

Pero los primeros grandes establecimientos de hostelería, con vocación de ofrecer un servicio de calidad, y no sólo limpieza y buena comida, fueron la *Fonda de Oriente* y la *Fonda de la Alameda*, que empezaron a funcionar hacia 1845, a la que se añadió apenas un quinquenio después la Fonda de la Victoria. Las tres podían definirse ya como auténticos hoteles. Tenían en común ser iniciativa de jóvenes extranjeros y contar con un personal más amplio y especializado que las demás ya citadas.

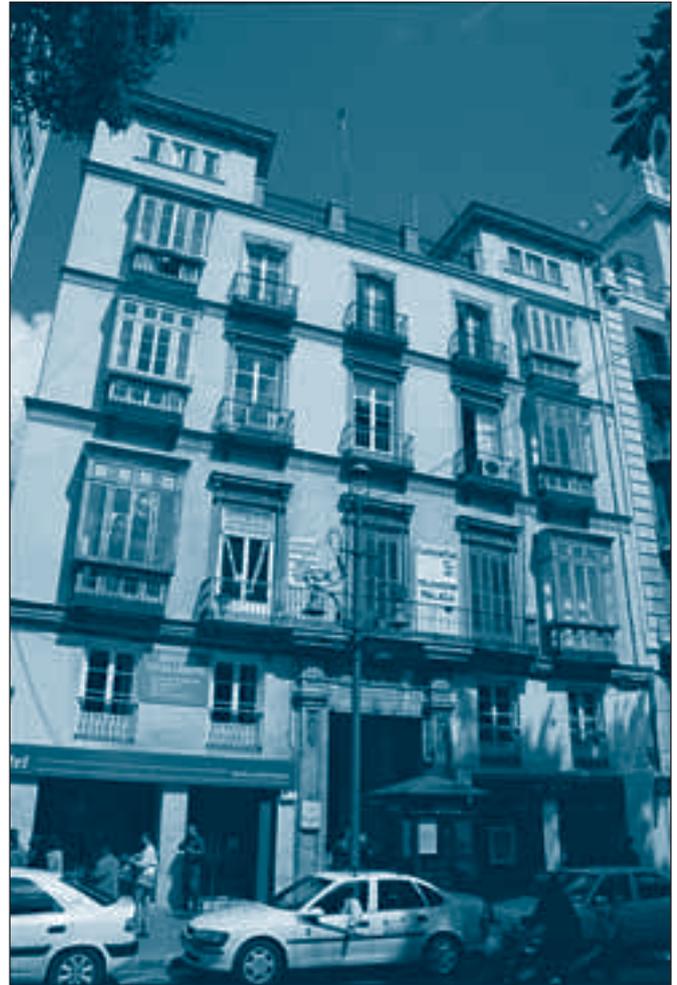
La *Fonda de Oriente* estuvo emplazada inicialmente en el número 11 de la Alameda y estaba regida en sociedad por el suizo Carlos Brunetti y el francés Pedro Gassend. En estos primeros momentos contaba con cuatro empleados, uno de ellos de nacionalidad francesa. Algunos años más tarde, cuando estaba a cargo exclusivamente de Pedro Gassend, se trasladó a la acera de enfrente de la misma Alameda, al actual número 8, un edificio que antes había estado ocupado por la Comandancia de Marina, contando con una plantilla compuesta por un cocinero, dos sirvientes y cuatro criadas<sup>16</sup>. Según la Guía de Vilá estaba montado enteramente a la francesa, siendo sus huéspedes sobre todo de esa nación. En la Fonda de Oriente se alojó

en 1862 el célebre escritor danés Hans Christian Andersen. «En ninguna parte de España me sentí tan feliz y tan en casa como en Málaga», escribió, y algo tuvo que ver en esa impresión su estancia en esta fonda, «un hotel bien situado y donde hablaban español, francés y alemán». Precisamente señala que uno de los camareros era de Berlín y que en ella se encontró con varios alemanes que residían en Málaga. Andersen nos ha dejado una deliciosa descripción de lo que veía desde su habitación:

*«Nuestro balcón daba a la Alameda, con sus árboles verdes, su fuente y multitud de personas paseando de allá para acá. Había beduinos descalzos vistiendo albornoces blancos, judíos africanos con caftanes bordados, señoras españolas con mantillas negras, mujeres con chales de vivos y alegres colores, jovencuelos elegantes a pie y a caballo, campesinos, portadores; vida y movimiento por todas partes. Nuestro balcón estaba protegido del sol por una marquesina, y sentados a la sombra contemplábamos la gente en la Alameda y disfrutábamos de la vista del puerto y del mar. El camarero nos sirvió cerveza inglesa, una bebida celestial después de varias semanas de vino calentorro y agua poco fría mezclada con anís. Verdaderamente uno se sentía a gusto. El sol se puso y nació la noche. (...) Las lámparas se encendieron antes de que la luz del día desapareciera totalmente, salieron las estrellas y la muchedumbre aumentó en la calle. La gente paseaba bajo los árboles sobre la blanda tierra; el pavimento estaba lleno de carruajes y jinetes. (...) Todo el mundo parecía alegre, como si la vida sólo mostrase su lado agradable»<sup>17</sup>.*

La Fonda u Hotel de Oriente desapareció después de 1878. El edificio que ocupó, aún existente, presenta una fachada muy característica de la arquitectura burguesa del XIX malagueño, con una bella portada de piedra.

En la esquina entre la Alameda y Puerta del Mar se encontraba la *Fonda de la Alameda*, regentada por el inglés Jorge Hodgson, casado con una malagueña y que poseía muy cerca un almacén dedicado a la venta de bebidas. El reverendo Thomas Debary se hospedó en ella en 1849, relatando así su impresión de este auténtico consulado británico: «Por mi parte, encontré la magnífica Fonda de la Alameda llena de compatriotas míos: un comedor donde se sentaban unos treinta comensales, sin que ninguno fuera español». Debary calculaba en un centenar el número de británicos residentes en Málaga, a los que añadía cuatrocientos o quinientos viajeros anuales de la misma nacionalidad<sup>18</sup>.



Edificio donde estuvo la Fonda de Oriente (Alameda, 8)

Richard Ford indicaba que el hospedaje costaba dos dólares al día. Pocos años más tarde, Carlos Brunetti, tras separarse de Gassend, tomó el negocio junto a dos hermanos suyos, Antonio y Pedro Brunetti, también suizos. De la Fonda de la Alameda se dice en la Guía de 1861 que «ocupa un soberbio edificio y su tren corresponde perfectamente al que debe haber en establecimientos de esta clase en ciudades de primer orden». Añade que era conocida como la Fonda Inglesa, pues era frecuentada por los de esta nacionalidad que venían a pasar el invierno y el trato era «enteramente a la inglesa». Además, disponía de local de baños templados y fríos abierto todo el año, salón de tertulias, café y fumador, y albergaba

una administración de diligencias y una oficina del ferrocarril. La sociedad Brunetti Hermanos se hizo también con la explotación del Hotel Washington Irving de Granada.

En 1882 el chileno Pedro del Río definió la fonda Alameda como «la mejor que conozco en España». Por el contrario, ese mismo año, la inglesa Frances Elliot, que criticó y despreció todo lo que pudo ver en la ciudad, dijo que el hotel Alameda era «malo, caro y sucio (tiene una escalera de mármol y eso es todo); el servicio, abominable; y la comida, peor; una posada en donde nadie se queda si puede evitarlo»<sup>19</sup>.

La tercera gran fonda situada en la Alameda fue la de la *Victoria*, ubicada en el actual número 12, prácticamente entre las anteriores y haciendo esquina con Puerta del Mar. Su propietario era el gibraltareño Francisco Giardini y disponía de cuatro criados y una criada. La Guía de Benito Vilá afirmaba que estaba montada con lujo y trato esmeradísimo y que «paran en ella las personas de mas rango, pues es la primera para servicio á la española, inglesa y francesa». Disponía de una administración de diligencias. Servía mesa redonda a las tres y a las seis de la tarde, aunque también ofrecía comidas particulares a gusto de los encargantes<sup>20</sup>. En 1878 se había trasladado a la Cortina del Muelle, abandonando el edificio de la Alameda. Este se conserva actualmente, aunque ha sufrido varias reformas, como el añadido de dos plantas y la destrucción de la portada de piedra que poseía, con un escudo nobiliario. Es sede de la oficina central del Banco Español de Crédito.

Otros establecimientos hoteleros del siglo XIX, ya de menor categoría aunque se autocalificaran como hoteles, fueron el de la *Viuda de Vilches*, el de *Europa* (ambos en la Cortina del Muelle) y la *Fonda Suiza* (en el pasaje de Heredia). El historiador y diplomático italiano Francesco Varvaro Pojero nos proporciona un testimonio acerca de su estancia en un pequeño hotel, el *Lértora*, ubicado en la Alameda, que tuvo corta vida, lo que no tiene nada de extraño dado lo que comenta este italiano: «Es una modesta fonda, que si no tiene la importancia, tiene sin embargo los precios de un gran hotel. La casa estaba a mi entera disposición, ya que yo era su único huésped. No lo estaban, no obstante, los camareros, suponiendo que los hubiese. Pienso que no, sobre todo si consideramos que no encontré en la habitación ni campanilla ni otro medio cualquiera de llamarlos. Abajo había un individuo, del que no sé bien si era el portero o el dueño; sí sé que era un asno»<sup>21</sup>.

## Las primeras iniciativas turísticas

A partir de las últimas décadas del siglo XIX comenzaron a levantarse voces que llamaban la atención sobre las posibilidades del turismo como fuente de riqueza. El ejemplo de varias ciudades y regiones europeas con características similares era observado atentamente por un importante grupo de burgueses que supo comprender el valor de esta actividad económica «e intentó organizar de manera racional y programada la explotación de dicho sector, convirtiéndose así en auténticos pioneros»<sup>22</sup>.

Varias personalidades de la sociedad local de la época defendieron la explotación del clima de Málaga como recurso económico, convirtiendo a la ciudad en una estación de invierno que atrajera turistas adinerados. Destacaron los trabajos de individuos como Vicente Martínez Montes, Luis de León, Narciso Díaz de Escovar, José Ramos Power y Pedro Marcolain.

El turismo de la etapa de entresiglos (la *Belle Epoque*) se caracterizaba por una serie de estaciones (balnearios de interior o de playa) frecuentadas por la alta sociedad de la época. Estos ricos viajeros, que se desplazaban con su familia y sus servidores, exigían un alto nivel de confort y estaban dispuestos a pagarlo. Se alojaban en suntuosos hoteles o en espléndidas villas, alquiladas o construidas ex profeso. Menor importancia cualitativa tenía un tipo de turista de menos recursos y de clase media –generalmente profesionales–, pero que estaba llamado a protagonizar la revolución del turismo en el siglo XX<sup>23</sup>.

Todos los que trataron la idea de convertir a Málaga en una población turística estuvieron de acuerdo en que el principal atractivo de la zona residía en el clima. En este sentido, fueron numerosos los estudios y las publicaciones que se encargaron de dar a conocer las bondades del singular clima malagueño. Desde muchas décadas atrás se estaba hablando de que Málaga era «un puerto de salvación para infinidad de personas atacadas de enfermedades crónicas del pecho», en palabras de Martínez Montes. Pero ahora no se trataba de atraer a enfermos en busca de salud, sino de seducir a ricos turistas con deseos de pasar temporadas invernales en climas templados.

Pero también había plena coincidencia en todos los tratadistas del tema en que la mera divulgación de las condiciones climáticas malagueñas no era argumento suficiente para atraer a los turistas. Era imprescindible mejorar las

infraestructuras urbanísticas y sanitarias, eliminar los aspectos negativos de la ciudad y dotarla de atractivos de cara a hacer cómoda y agradable la estancia de los visitantes.

Estas iniciativas confluyeron en la creación de la Sociedad Propagandista del Clima y Embellecimiento de Málaga, fundada en 1897 gracias, en gran medida, a la iniciativa del cónsul inglés Alexander Finn. Sus objetivos eran: hacer propaganda del clima, promover el embellecimiento urbanístico y la higiene pública, y llevar a cabo festejos y actividades culturales, «procurando, por ese medio y por cuantos estén a su alcance, atraer forasteros y extranjeros que disfruten de este benigno clima». La constitución de la Sociedad Propagandista hay que enmarcarla en un proceso que tenía su origen en otros países de mayor tradición turística como Suiza, Francia e Italia, donde desde tiempo atrás se habían constituido asociaciones similares con objetivos idénticos: promover desde el capital privado la transformación de determinadas zonas en centros turísticos<sup>24</sup>.

Llama poderosamente la atención cómo todos los propagandistas del clima malagueño se desentienden de

la cuestión de la oferta hotelera. En sus escritos no encontramos referencias a la necesidad de ofrecer alojamientos con las condiciones de calidad adecuadas a la demanda del turista de la época. Sólo se me ocurren dos explicaciones a esta actitud: o bien consideraban que la oferta existente era ya lo suficientemente buena y capaz, o bien posponían esta cuestión para más adelante.

La única referencia que encuentro corresponde ya a 1911. Se trata de un informe del cónsul francés en Málaga, Jacques Chaumié, publicado por el profesor Carmelo Pellejero. Chaumié alaba las condiciones climáticas y ambientales del entorno malagueño y afirma que el desarrollo turístico de la provincia repercutiría positivamente sobre el comercio francés de importación y exportación, al aumentar la demanda de productos de calidad. Pero también comenta las carencias que sufría Málaga, indicando que era preciso ampliar y mejorar la oferta hotelera existente, mejorar las comunicaciones y los medios de transporte y ofrecer al viajero una oferta de ocio: museos, espectáculos, casinos, actividades deportivas, etc. Sobre el alojamiento de los turistas escribe lo siguiente: «Para establecer en Málaga un gran número de viajeros, para



*Vista del Hotel Roma y la Fonda de la Victoria, a ambos lados de Puerta del Mar. Archivo de J.A. Fernández Rivero. Reproducido en Desde Málaga, recuerdos...*



*Hotel Europa, en la Cortina del Muelle (edificio desaparecido).  
(Archivo Temboury).*

crear allí una verdadera ciudad de invierno, se debería, en primer lugar, construir fuera de la aglomeración urbana, a la orilla del mar, grandes hoteles que, a pesar de la dulzura del clima, contarán con calefacción»<sup>25</sup>.

Dos características destacan de la promoción turística malagueña hasta bien entrado el siglo XX. En primer lugar, que se circunscribe únicamente a la ciudad de Málaga, sin mencionar apenas la costa adyacente. Por otro lado, la promoción se centra en la idea de la ciudad como estación de invierno, buscando al turista de la época, un individuo adinerado que podía tomar vacaciones en cualquier momento del año, a través de la ventaja relativa del clima malagueño en cuanto a temperaturas en los meses de otoño e invierno.

El cónsul Chaumié ya destacaba que los caminos del litoral eran muy interesantes, pero que su mal estado impe-

día que se pudiera ir cómodamente en automóvil hacia Gibraltar por el borde del mar. También comentaba que en los meses calurosos mucha gente del interior de Andalucía acudía a Málaga a tomar baños de mar, pero que éstos «no atraen a ninguna persona del extranjero, y como los españoles más ricos prefieren generalmente las estaciones del Atlántico a las del Mediterráneo, el futuro de Málaga depende de una presencia cada vez mayor de los turistas de invierno».

En una fecha más tardía, 1928, Ramiro Campos Turmo defendía un enfoque integral tanto de la oferta como de la demanda. Para él, el turismo no podía promocionarse en base a una sola ciudad, sino que éstas debían agruparse para ofrecer una propaganda conjunta, un producto común e integrado. En resumen, un itinerario turístico. Esta idea de organizar racionalmente la oferta debía completarse con la conexión con las grandes rutas del turismo internacional. Su reflexión se resume en estas palabras: «El error fundamental, en mi concepto, es que Málaga sólo aspiró a un turismo local; pero en la actualidad, las ciudades no pueden retener al turista más que un insignificante número de días, pues la población flotante aspira a recorrer en un mínimo de tiempo el mayor espacio posible». Este turista en continuo movimiento no tenía nada que ver con el invernante que pretendía pasar una temporada en un lugar con un clima benigno y con encanto<sup>26</sup>.

En lo que afecta a la oferta hotelera de la ciudad durante la etapa de entresiglos (finales del XIX y principios del XX), se puede decir que ésta se amplía y consolida. A las antiguas fondas (término que va reservándose para establecimientos de inferior categoría), ya calificadas como hoteles, de la Alameda, Victoria y Europa, se unen nuevos locales: los hoteles *Madrid* (en calle Carros), *La Perla* (en calle San Juan de los Reyes), *El Siglo* (en la plaza de ese nombre), *Inglaterra* y otros. Los empresarios hoteleros se van a preocupar de ofrecer mayores y mejores servicios, como teléfono, luz eléctrica, salas de baños, gabinetes de lectura y comunicación directa con el ferrocarril por medio de un coche de caballos de servicio permanente.

La oferta hotelera de mayor calidad se va a concentrar en la nueva calle del Marqués de Larios, con la única excepción del mejor hotel de la ciudad, el Roma. La calle Larios fue construida, como es bien conocido, entre 1887 y 1891 por iniciativa de la familia Larios, constando de doce edificios de la misma altura y estilo, diseñados por el arquitecto Eduardo Strachan en un alarde de elegancia.

cia y austeridad decorativa. Nació como consecuencia de un plan de reformas urbanísticas para conectar la Plaza con el puerto, y con la pretensión de ser la calle principal desde su inauguración. Para ello disponía del mejor equipamiento urbano de su época (pavimento de madera, alumbrado) y fue ocupada por lujosos comercios y prestigiosas sociedades, como el Liceo y el Círculo Mercantil.

El 14 de julio de 1890 se inauguró el *Gran Hotel de España*, situado en el número 2 de la calle Larios, cuando aún no estaba terminada. Es el primer edificio que fue construido expresamente como hotel, o, al menos, tuvo ese uso desde el primer momento, al contrario de lo que ocurría hasta entonces, que ocupaban total o parcialmente casas existentes con anterioridad. Pronto pasó a llamarse *Gran Hotel París*, cuando Tomás March «El Catalán» se hizo cargo del mismo, y poco después adoptó la denominación de *Hotel Niza*, con la que ha permanecido durante casi un siglo, hasta que, tras una amplia reforma y reconstrucción, ha sido bautizado como *Hotel Larios*. En 1894 su publicidad decía lo siguiente: «Las habitaciones están provistas de timbres eléctricos; hay periódicos españoles y extranjeros; sala de baños y duchas, y una excelente cocina que hace la estancia agradable, tanto a los viajeros del comercio, como a las familias que lleguen a pasar el invierno o a tomar baños»<sup>27</sup>. Su propietario y director era el asturiano Baldomero Méndez, que se estableció en Málaga después de haber sido jefe de cocina del Duque de Sexto, destacado político de la Restauración.

En el número 9 de la misma calle se instaló el *Nuevo Hotel Victoria* de Cristóbal Gambero, que ofrecía esmerado servicio y precios módicos. Este hotel fue después adquirido por el mismo dueño del Niza, Baldomero Méndez, el cual realizó una completa reforma en el edificio y lo dotó de ascensor, calefacción central, lavabos con agua fría y caliente en todas las habitaciones y departamentos con cuartos de baño. Entonces lo reabrió como *Hotel Reina Victoria*.

El *Hotel Inglés*, de Juan Bertacea, contaba con un café-restaurant en los bajos del edificio, número 4 de la calle Larios. Se publicitaba como el único de la ciudad montado al estilo extranjero: «No hay mesa redonda y sí la facilidad que, de 9 de la mañana a 10 de la noche, pueden los señores pasajeros comer cuando cada cual desee, siendo el servicio por lista comprendido en el hospedaje». Cambió su nombre por el de *Hotel Simón* cuando lo compró el



*Hotel Niza, en calle Larios, 2, inaugurado en 1890 como Gran Hotel de España. Archivo de J.A. Fernández Rivero, Reproducido en Desde Málaga, recuerdos...*

cordobés José Simón Méndez. Este empresario también contó con otro hotel en el número 5 de la misma calle, el *Bristol*, que, como curiosidad, brindaba la posibilidad de cocina vegetariana para quien lo deseara.

Otro de los hoteles de calle Larios es el *Alhambra*, ubicada en la esquina con Moreno Monroy. Disponía de 52 habitaciones repartidas en dos plantas del inmueble, comedor, intérprete y servicio de carruajes a todos los trenes. Muchos años después perteneció al empresario taurino Manuel Martín Estévez, por lo que fue parada obligada de los toreros a su paso por Málaga.

Pero el establecimiento hotelero de mayor prestigio de la ciudad va a seguir siendo el antiguo *Hotel Alameda*, ahora denominado *Gran Hotel de Roma* desde que fue adquirido por la empresa Yotti y Compañía, dueña de tres hoteles del mismo nombre en Madrid, Granada y Mála-

ga (estos dos últimos ya eran regentados por Brunetti). La publicidad del local afirmaba en 1894 que se hallaba montado completamente a la moderna y con gran confort, y que disponía de los siguientes servicios: grandes salones para familias, lista de restaurant, sala de lectura con diarios extranjeros, ascensor, intérpretes y coches de lujo que transportaban a los viajeros desde la estación de tren hasta la puerta del hotel.

En el Hotel Roma se hospedaban los personajes importantes cuando venían a Málaga. Entre los huéspedes ilustres podemos citar al político italiano Benedetto Croce, al escritor Benito Pérez Galdós, al general Polavieja y a la gran actriz Rosario Pino, que fue objeto de un homenaje en 1914. Fue recibida en el patio del hotel por la banda municipal de música y tuvo que saludar desde el balcón a la multitud que la vitoreaba en la calle.

Este hotel, que se llamó Regina a partir de 1907, ocupaba un magnífico edificio, construido por la familia Ugarte Barrientos (cuyo escudo preside la portada) a finales del siglo XVIII, cuando la Alameda todavía no se había con-



El Hotel Reina Victoria (calle Larios, 9) en 1916.  
(*La Unión Ilustrada*, 2-11-1916)

vertido en el primer paseo de la ciudad, por lo que su fachada principal da a Puerta del Mar. Originalmente constaba de bajo, entresuelo y dos plantas, pero en la segunda mitad del siglo XIX –probablemente cuando pasó a manos de Yotti y Compañía– se le añadieron dos nuevos pisos. El autor de esta reforma fue el arquitecto Jerónimo Cuervo, el cual le otorgó al edificio la imagen que hoy presenta, después de ser restaurado hace unos años por la empresa Edipsa. Del inmueble destaca su portada monumental, de mármol rosa. El patio es de gran elegancia, con columnas toscanas que sostienen arcos de medio punto decorados con yeserías. Del patio arranca una escalera imperial, cubierta con una bella bóveda también adornada con yeserías.

Como ejemplo de los establecimientos más modestos, se puede citar la *Fonda de las Tres Naciones*, de Juan Rodríguez, que estaba ubicada en la calle Marín García. En ella se alojó Pablo Picasso en su última visita a Málaga, en 1901.

### La consolidación de la oferta turística: Los grandes hoteles

A partir de la segunda década del siglo XX se introduce en España la gran hotelería, con la inauguración de los hoteles Ritz de Madrid y Barcelona y del Palace de Madrid. A éstos les siguieron otros hoteles de lujo por las principales ciudades del país: el Real de Santander, el Carlton de Bilbao, el Príncipe de Asturias de Málaga, el Alhambra Palace de Granada y el Alfonso XIII de Sevilla. Estos grandes hoteles, especializados en la recepción de grandes personalidades, quedarán integrados en cadenas que se hicieron cargo de su explotación, como Grandes Hoteles Europeos y HUSA<sup>28</sup>.

Sin embargo, la oferta hotelera nacional seguía estando caracterizada por la abundancia de pequeños establecimientos explotados en régimen familiar y con una media de 10-20 habitaciones. Una guía de hoteles editada en 1929 por el Patronato Nacional de Turismo<sup>29</sup> registraba 1.200 locales, pero la falta de una clasificación oficial impide evaluar la calidad de la oferta. Málaga ofrecía 800 plazas, muy alejada de Madrid (5.400), Barcelona (cerca de 5.000), San Sebastián, Sevilla (ambas con 2.300), Santander (1.800) o Palma de Mallorca (más de un millar de plazas). Los hoteles malagueños de mayor capacidad eran el Príncipe de Asturias (250 plazas), el Caleta Palace (150), el Regina (120) y el Reina Victoria (75).

Otro hecho característico del primer tercio del siglo XX va a ser el descubrimiento de las playas, antesala del turismo de masas. Después de un primer momento en el que se aconsejaba el baño de mar por motivos terapéuticos, se produce una auténtica revolución en la concepción del baño de mar, que va a adquirir un carácter lúdico y deportivo. Eso provoca el declive de los añejos baños flotantes que se instalaban todos los años y la aparición de un nuevo tipo de instalaciones, que incluyen cabinas para vestuarios, duchas, bar-restaurante y otros servicios para los bañistas.

En Málaga, esta etapa inicial del siglo XX va a representar para la hostelería un cambio en su eje de gravedad. Si hasta entonces las fondas y los hoteles se habían localizado en el centro de la ciudad, en las inmediaciones de la Alameda y de calle Larios, ahora van a aparecer varios establecimientos de categoría ubicados en el barrio de la Caleta. Es decir, la nueva oferta de alojamientos pierde en centralidad urbana, pero gana en calidad ambiental.

La Caleta se había convertido a lo largo del último tercio del siglo XIX en el barrio residencial por excelencia de la ciudad. Lo recorría el paseo de Sancha, «compuesto de una serie de hoteles lindísimos, los unos separados de la

playa por extensos y bien cuidados jardines, y los otros escalonados en las faldas de los cerros que dominan la costa». Este moderno y elegante barrio había sido construido por una sociedad que explotó los terrenos dedicándolos a edificaciones de alta calidad, según el proyecto del ingeniero José María de Sancha. Ramón Urbano escribía en 1898 que, pasado el arroyo de la Caleta, el camino estaba compuesto «de pequeñas casamatas, habitadas por distinguidas familias en el verano, algunos hoteles, y antiguos edificios que aún siguen teniendo el carácter de ventorrillos»<sup>30</sup>.

El nuevo barrio que se estaba conformando por aquel entonces se caracterizó por una tipología arquitectónica claramente definida: el hotelito o chalet de recreo. Se trataba de construcciones aisladas y rodeadas de un amplio jardín. Muchos de estos hotelitos fueron ocupados por las familias burguesas locales más adineradas, pero otros eran alquilados o adquiridos por gentes acomodadas del interior como residencias de invierno o verano, y algunos fueron convertidos en pequeños alojamientos de alta calidad.

Desde finales del XIX, pues, este barrio residencial se fue perfilando como el emplazamiento idóneo para la oferta

*Patio del Gran Hotel de Roma (antes Fonda de la Alameda) a finales del siglo XIX. (Archivo Temboursy).*



hotelera de más calidad. Ramos Power cita en 1895 el proyecto de una sociedad francesa de edificar en la Caleta un gran hotel casino. Ocho años después, la viuda de Jesús Marín fundó, en el Morlaco, el *Hotel Miramar*. Ocupaba un chalet amplio y bien adornado, y en sus jardines y grandes comedores tuvieron lugar numerosos actos sociales. Por esos mismos años existía una casa de huéspedes llamada *Villa Cámara*, en la avenida de Príes. Se ofrecía a los bañistas por su proximidad a los establecimientos de baños, emplazados en aquellas playas.

Desde la última década del siglo XIX estaba en funcionamiento el hotel y restaurante inglés *Hernán Cortés*, que ocupaba el solar del antiguo Ventorrillo de Cayetano, junto al arroyo de la Caleta. Ofertaba su cercanía al mar, las vistas a los montes, sus hermosos jardines y amplias y cómodas habitaciones a precios módicos. El edificio era muy sencillo, de planta rectangular y sin ninguna decoración<sup>31</sup>.

En 1918 se constituyó la Sociedad Anónima Caleta Palace, con un capital social de 250.000 pesetas, que luego se elevó a dos millones. Su objeto era «la compra, construcción y explotación del negocio de hoteles para viajeros y restaurantes». El presidente del primer consejo de administración fue el senador y comerciante Félix Sáenz Calvo, al que sucedió Juan Pérez Fajardo. Otros miembros del consejo eran Augusto Taillefer, Prosper Lamothe y Aurelio Pau Utrera.

En 1919 la sociedad adquirió el *Hernán Cortés* y, a continuación, su apoderado, José Simón, presentó un proyecto de ampliación y reforma, elaborado por el arquitecto Fernando Guerrero Strachan, que suponía en realidad una nueva construcción, que estuvo concluida al año siguiente. El edificio resultante fue un gran pabellón perpendicular al mar, con dirección norte-sur, que posee cinco plantas, incluyendo el sótano. Las plantas baja, primera y segunda eran las destinadas a las habitaciones para huéspedes. Las que están situadas en la fachada este son más amplias y cuentan con terrazas con vistas al mar, mientras que las que dan al jardín tienen peor orientación, son más pequeñas y sólo poseen ventanas. Las fachadas sur y este presentan un juego de entrantes y salientes, variedad de formas y tejados. La esquina entre ambas fachadas se resuelve con una galería poligonal a modo de mirador marino. Con la nueva edificación se obtuvo, como observa Natalia Bravo, un máximo aprovechamiento de la luz y de las vistas. Asimismo, no cuenta con un estilo definido, aunque integra elementos regiona-

listas (ventanas geminadas, miradores, arcos de herradura, policromía, tejadillos, aleros). Se trata del primer hotel construido como tal en la ciudad, con unas características tipológicas interiores y exteriores adecuadas a la función que iba a tener el edificio<sup>32</sup>.

Si la propiedad del *Hernán Cortés* recaía en la sociedad Caleta Palace, compuesta por destacados miembros de la burguesía local, la gestión del establecimiento estaba a cargo de José Simón. Este también dirigía el Hotel Simón en calle Larios (antiguo Hotel Inglés), y además regentaba hoteles en Sevilla, Córdoba, Almería y Alicante. La lista de servicios que ofrecía era amplia: teléfono, agua fría y caliente y vistas al mar en todas las habitaciones; baños con W.C. comunicados con las habitaciones; cuartos de baño con agua del mar fría y caliente; playa con bañero, ascensor, montacargas, jardín y comedor con terraza al mar. El Hotel *Hernán Cortés*, que a partir de 1925 se denominó ya oficialmente Caleta Palace, también funcionó como centro lúdico del barrio, organizando fiestas y actos a los que acudían las familias que vivían y veraneaban en las inmediaciones.

Un personaje que se hospedó con frecuencia en el *Hernán Cortés*, antes incluso de su conversión en Caleta Palace, fue Federico García Lorca. La familia del poeta, como tantas otras del interior, pasaba sus vacaciones en Málaga, y de esta manera nació la amistad de Lorca con Manuel Altolaguirre y Emilio Prados, que residían en las inmediaciones del hotel. Años después siguió visitando el establecimiento, desde el cual escribió cosas como éstas, en una carta dirigida a Manuel de Falla en julio de 1923: «Málaga es maravillosa y ahora lo digo dogmáticamente. Para ser un buen andaluz hay que creer en esta ciudad, que se estiliza y desaparece ante el mar divino de nuestra sangre y nuestra música»<sup>33</sup>.

Otros establecimientos en funcionamiento durante el primer tercio del siglo XX<sup>34</sup> que se pueden mencionar son el *Hotel Giralda*, ubicado en el edificio número 3 de la calle Nicasio Calle, construido en 1881, con unas espléndidas puertas de madera tallada, amplio zaguán con escalinata flanqueada por dos esculturas de hierro que representan a un pachón y un dogo. El *Hotel Colón* se encontraba en la plaza de la Constitución número 9, en un bello edificio construido sobre el solar de la antigua Casa del Corregidor, obra de Jerónimo Cuervo en 1876. Su fachada tenía un carácter monumentalista muy marcado, pero ha sido muy alterada por las reformas que ha

sufrido ya en el siglo XX. En los bajos del Hotel existió el famoso Café de la Loba. Luego cambió de propietario y de nombre, llamándose Cabello Hotel.

El *Hotel Imperio*, en Puerta del Mar, junto al Regina, ofrecía «cocina francesa». Al lado, por calle Atarazanas, estaba el *Hotel España*, luego Oriente. El *Europa*, situado en la Cortina del Muelle, era uno de los más antiguos de la ciudad. Se publicitaba como «la única casa en esta ciudad con preciosas vistas al mar y jardines» y en él se hablaba inglés y francés. El *Hotel Suiza*, luego Cervantes, continuó la tradición hostelera de la plaza de los Moros, donde ofrecía cómodas e higiénicas habitaciones con alumbrado eléctrico y timbre. Muy próximo se encontraba el *Hotel Hispano Marroquí*, en calle San Juan de Dios. El *Hotel Cataluña* comenzó a funcionar hacia 1915 en la plaza del Obispo, frente a la Catedral. Estaba «montado con todo el confort moderno», con luz eléctrica y timbre en las habitaciones, lavabos de agua caliente y fría y cuartos de baño. El edificio había sido construido en 1860 según proyecto del maestro de obras Diego Clavero, de una gran sencillez y armonía. En la Alameda se abrieron dos nuevos hoteles: el *Alameda*, en el número 9, y el *Royal*, en el 20.

La oferta de la zona de la Caleta se completó en los años veinte con la apertura de dos pensiones de alto *standing*: la *Pensión Limonar*, en el número 4 del paseo de su nombre, y la *Pensión Cooper*, que ocupaba la Hacienda Giró, en el Monte Sancha. Ambas ofrecían un entorno muy cuidado, con amplios jardines y cercanía al mar.

En los años veinte es cuando la ciudad comienza a apostar decididamente por el turismo como fuente de riqueza. Si la oferta hotelera se incrementa cualitativa y cuantitativamente con el Caleta Palace y el Príncipe de Asturias, el Ayuntamiento crea una Delegación de Turismo que edita un boletín mensual que se distribuye gratuitamente por todo el mundo, y se va conformando un equipamiento de ocio complementario (por ejemplo los Baños del Carmen, el Campo de Golf) y unas infraestructuras necesarias (aeropuerto, paseo marítimo, rondas), aunque muchos proyectos deberán esperar todavía bastante tiempo hasta ser ejecutados. El Parque Balneario de Ntra. Sra. del Carmen, los Baños del Carmen, ofrecía una completa oferta de ocio todo el año: conciertos, varietés, verbenas, pistas de baile, concursos, regatas, campos de tenis y restaurante, este último bajo la dirección del Hotel Regina. Según la publicidad eran «los más aristocráticos» y el «San Sebastián malagueño»<sup>35</sup>.



*Hotel Hernán Cortés, en La Caleta, origen del futuro Caleta Palace. Archivo de J.A. Fernández Rivero. Reproducido en Desde Málaga, recuerdos...*



*Hotel Caleta Palace en la década de 1920. Archivo de J.A. Fernández Rivero. Reproducido en Desde Málaga, recuerdos...*



*Edificio del Hotel Colón, en la Plaza de la Constitución. Archivo de J.A. Fernández Rivero. Reproducido en Desde Málaga, recuerdos...*



*La Pensión Limonar ofrecía un eterno cuidado y cercanía al mar.  
Archivo de J.A. Fernández Rivero. Reproducido en  
Desde Málaga, recuerdos...*

Hacia 1930 la capacidad de los hoteles más importantes de la capital se distribuía así:

- Príncipe de Asturias: 250 habitaciones y 300 plazas
- Hernán Cortés/Caleta Palace: 135 y 200.
- Regina: 60 y 100
- Reina Victoria: 64 y 100
- Simón o Inglés: 60 y 90
- Bristol: 54 y 90

Los veinte hoteles más importantes sumaban 1.505 plazas, distribuidas en 1.051 habitaciones, de las cuales sólo 291 tenían cuarto de baño. Los precios con pensión completa iban desde las 20 a las 60 pesetas en el Príncipe de Asturias; de 22,50 a 45 en el Caleta Palace; de 20 a 35 en el Regina. El más barato era el Hotel Inglaterra, con precios entre 6 y 7 pesetas<sup>36</sup>.

Finalizo el recorrido que inicié en aquellos primitivos meses con el edificio hotelero más lujoso construido nunca

en la ciudad de Málaga: el *Hotel Príncipe de Asturias*, más conocido como Miramar, nombre que adoptó tras la proclamación de la Segunda República.

Para construirlo se constituyó, en Madrid en 1920, una Sociedad Anónima con un capital inicial de tres millones de pesetas, con el objeto principal de construir y explotar en Málaga «un Hotel de primer orden similar por su importancia, organización y servicio al Hotel Ritz de Madrid». El presidente del Consejo de Administración era el Marqués de Torrelaguna, aunque todo hace pensar que el auténtico promotor, o al menos uno de los principales accionistas, fue el propio monarca Alfonso XIII, asociado con personalidades nacionales y locales como Eduardo Dato, Joaquín Ruiz Giménez, Francisco Bergamín, Félix Sáenz y Fernando Guerrero Strachan<sup>37</sup>.

Se eligió un extenso solar donde había estado antiguamente la fábrica de azúcar de la familia Heredia, al principio de la Caleta y próximo al centro urbano, colindante con el mar. El autor de los planos fue el arquitecto y luego alcalde de la ciudad Fernando Guerrero Strachan, que poco antes había diseñado el Hotel Hernán Cortés-Caleta Palace.

La primera piedra la puso el rey el 21 de mayo de 1921. Según el proyecto, las habitaciones se distribuirían en cuatro plantas, siendo de primera clase las exteriores, y de segunda las que daban al patio. En la planta baja se dispondrían el pabellón de honor, con acceso independiente y que forma un conjunto aislado del resto del edificio. El patio o jardín de invierno estaría cubierto con una montera de cristal; a su alrededor se disponían, entre otras dependencias, salones de billar y de lectura, un comedor para trescientos comensales y el gran salón de fiestas. Las obras se demoraron más de lo previsto, pero finalmente fue inaugurado por los reyes Alfonso y Victoria Eugenia el 11 de febrero de 1926, que ya utilizaron el pabellón real en esa primera visita al nuevo hotel, que desde entonces se convirtió en la máxima referencia local del lujo y de la distinción<sup>38</sup>.

Rápidamente el Hotel, que se autocalificaba como aristocrático, se convirtió en punto de encuentro de la alta sociedad malagueña, al mismo tiempo que acudían al mismo personalidades de la nobleza, de la política y de los negocios, especialmente desde la corte. Gracias al Príncipe de Asturias, Málaga se unió al reducido grupo de ciudades que podían presumir de tener residencia real. Se cuenta que en el acto de inauguración estaban conversando el



*Vista general del Hotel Príncipe de Asturias tras su inauguración en 1926. Archivo de J.A. Fernández Rivero, reproducido en Desde Málaga, recuerdos...*

rey, el director del hotel y el presidente del directorio, general Primo de Rivera. El director hizo ver que sin un casino la explotación del establecimiento podía resultar deficitaria. El rey preguntó al general qué se podía hacer al respecto y éste le recordó que el juego estaba prohibido en España desde 1922. Entonces, Alfonso XIII le prometió al director enviar a su suegra todos los años.

Y cumplió su promesa. El primer año envió a su madre, doña María Cristina, y, a partir de entonces, cada año la princesa Beatriz de Battenberg, madre de la reina Victoria Eugenia, pasaba una temporada en el hotel, generalmente en el mes de febrero. Su presencia atraía la de los demás miembros de la familia real, ya que recibía la visita de su hija y sus nietos, es decir, la reina, el Príncipe de Asturias y los infantes, que en 1927 pasaron dos semanas en la ciudad. Al año siguiente, se reunieron el príncipe Jorge de Inglaterra (futuro Jorge VI), la reina y los infantes. Existía para estos casos un teléfono directo con el Palacio Real para que la reina conferenciara diariamente con el rey. Una ilustre huésped del Hotel Príncipe de Asturias, ya en los últimos días en que ostentó ese nombre, fue Madame Curie.

En el Hotel Príncipe de Asturias, el arquitecto Guerrero Strachan maneja una atrayente monumentalidad neorrenacentista, salpicada con algunos elementos característicos de su estilo personal, como el uso de azulejos, volúmenes individualizados y aleros volados. La fachada principal se compone de un pabellón central saliente y dos cuerpos laterales que forman dos torres. La fachada al mar,

de movido diseño, con torres abiertas y amplias terrazas, refleja una arquitectura alegre pensada para el ocio. En el interior destaca el patio cuadrado, de grandes dimensiones, con arquerías de medio punto y decoración neoplateresca, cubierto por una claraboya de vidrios de colores. Puertas de estilo neoárabe, inspiradas en la Alhambra, dan paso al salón de baile, amplio espacio con grandes ventanales al mar<sup>39</sup>. El edificio se encuentra en el centro de una amplia parcela, lo que le permite contar con un jardín delantero y otro en la parte que mira al sur.

He dejado expresamente para el final el hotel más simbólico que ha tenido nunca la ciudad de Málaga, el Miramar. Su inauguración vino a suponer la culminación de todo el proceso de creación de una infraestructura hotelera en la capital malagueña. Pero, así como fue el hotel más grande y lujoso, también supuso el final de una etapa. Los convulsos años treinta y los tristes acontecimientos bélicos que vinieron después frenaron en seco el desarrollo del turismo. De hecho, tanto el Miramar como el Caleta Palace fueron transformados en hospitales durante la Guerra Civil, y el segundo ya nunca más recobró su uso hotelero. Y la recuperación de las corrientes turísticas y el boom del turismo que tuvo lugar a partir de los cincuenta se desarrolló sobre otras bases muy distintas y con unos protagonistas diferentes: las localidades de la Costa. Por eso, el Miramar tampoco pudo sobrevivir al cambio de los tiempos y acabó cerrando en 1968.

## NOTAS

Nota de la redacción: La Dirección de la Revista agradece especialmente el permiso para reproducir sus postales a Juan A. Fernández Rivero.

- (1) TEMBOURY ALVAREZ, J., *Informes histórico-artísticos de Málaga*, vol. II, Málaga, 1974, pp. 109-118. RECIO MORA, R., «Una aproximación a los mesones, ventas y posadas. La arquitectura de estos edificios durante los siglos XV al XVII», *Boletín de Arte*, nº. 12, 1991, pp. 173-191.
- (2) REINA MENDOZA, J.M., *La vivienda en la Málaga de la segunda mitad del siglo XVIII*, Málaga, 1986, pp. 63, 87 y 136-138.
- (3) MORALES FOIGUERA, J.M., *La Málaga de los Borbones*, Málaga, 1986, pp. 218-219.
- (4) TEMBOURY ALVAREZ, op. cit., pp. 116-118.
- (5) *Ibidem*, pp. 114-115.
- (6) URBANO, R.A., y DUARTE, J., *Guía de Málaga*, Málaga, 1887.
- (7) RECIO MORA, R., «Aproximación a una historia de los edificios hosteleros españoles durante los siglos XVIII y XIX», *Boletín de Arte*, nº. 13-14, 1992-1993, pp. 173-178.
- (8) GÁMIR SANDOVAL, A., *Algunos viajeros del siglo XIX ante Málaga*, Granada, 1962, pp. 42-43.
- (9) RECIO MORA, «Aproximación...», op. cit., p. 188.
- (10) MADOZ, P., *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, tomo XI, 1848.
- (11) *Guía de forasteros en Málaga y directorio manual útil á todos*, Málaga, 1838, pp. 93-94. VILÁ, B., *Guía del viajero en Málaga*, Málaga, 1861, pp. 328, 373 y 374.
- (12) CARO BAROJA, J., «Málaga vista por viajeros ingleses de los siglos XVIII y XIX», *Gibralfaro*, nº. 14, 1962, pp. 26-27.
- (13) KRAUEL, B., *Viajeros británicos en Málaga (1760-1855)*, Málaga, 1988, pp. 46-47. BEJARANO, F., *Las calles de Málaga*, Málaga, 1984, p. 77.
- (14) MAJADA NEILA, J., *Viajeros románticos en Málaga*, Salamanca, 1986, pp. 37 y 104.
- (15) VALLEJO FRANCO DE ESPÉS, A., «Mrs. Romer. Viajera por Málaga el verano de 1842», *Gibralfaro*, nº. 23, 1971, pp. 80-81. FORD, R., *Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa (Granada)*, Madrid, 1980, p. 78.
- (16) Archivo Municipal de Málaga (A.M.M.), padrones de 1850 y 1860.
- (17) MAJADA NEILA, op. cit., pp. 135-136.
- (18) CANALES, A., «La Málaga de 1849, vista por un clérigo inglés», *Gibralfaro*, nº. 21, 1969, pp. 9-10. A.M.M., padrón de 1850.
- (19) MAPELLI, E., *Escritos malagueños*, Málaga, 1983, p. 39. MAJADA NEILA, op. cit., p. 181.
- (20) VILÁ, op. cit. MERCIER, A., y DE LA CERDA, E., *Guía de Málaga y su provincia*, Cádiz, 1866.
- (21) MAJADA NEILA, op. cit., p. 190.
- (22) ARCAS CUBERO, F., y GARCÍA SÁNCHEZ, A., «Los orígenes del turismo malagueño: La Sociedad Propagandista del Clima y Embellecimiento de Málaga», *Jábega*, nº. 32, p. 42.
- (23) FERNÁNDEZ FÚSTER, L., *Historia general del turismo de masas*, Madrid, 1991, pp. 144-145.
- (24) Sobre los orígenes del turismo malagueño: ARCAS CUBERO Y GARCÍA SÁNCHEZ, op. cit.; TORRES BERNIER, E., «Los orígenes del turismo andaluz», *Revista de Estudios Regionales*, nº. 12, 1983; PELLEJERO MARTÍNEZ, C., «El turismo como alternativa económica en la Málaga de principios de siglo. Informe del Cónsul de Francia», *Revista de Estudios Regionales*, nº. 42, 1995.
- (25) PELLEJERO MARTÍNEZ, op. cit., pp. 305-311.
- (26) TORRES BERNIER, op. cit., pp. 356-357.
- (27) Archivo Díaz de Escovar (A.D.E.), caja 285. MUÑOZ CERISOLA, N., *Guía de Málaga. Indicador comercial de España para 1894*, Málaga, 1894, p. 383.
- (28) FERNÁNDEZ FÚSTER, L., op. cit., p. 223.
- (29) FERNÁNDEZ FÚSTER, L., op. cit., pp. 304-306. PELLEJERO MARTÍNEZ, C. (DIR.), *Historia de la economía del turismo en España*, Madrid, 1999, pp. 54-55.
- (30) URBANO, R.A., *Guía de Málaga para 1898*, Málaga, 1898, pp. 117-118.
- (31) Sobre el Hernán Cortés: BRAVO RUIZ, N., «El Hotel Caleta Palace: Arquitectura de vacaciones y lujo para una Málaga Moderna», *Boletín de Arte*, nº. 18, 1997, pp. 307-328.
- (32) BRAVO RUIZ, op. cit. *Estatutos de la Sociedad Anónima Caleta Palace*, Málaga, 1935.
- (33) GÓMEZ TORRES, A., «Málaga en Federico García Lorca», *Analecta Malacitana*, vol. XII nº. 1, 1989, pp. 80, 81 y 84.
- (34) Utilizo fundamentalmente las guías de la época y la publicación *El Turismo en Málaga*, órgano oficial de la Delegación de Turismo del Ayuntamiento entre 1928 y 1930.
- (35) El Patronato Nacional de Turismo emprendió, inmediatamente después de su creación en 1928, una campaña de apertura de oficinas de información por todo el territorio nacional. Con rapidez se abrieron casi medio centenar, siendo dotadas de personal y material e integradas en una red dependiente de la central. En Málaga se construyó una pequeña oficina en el puerto, frente al muelle donde atracaba el vapor correo de Melilla.
- (36) A.D.E., caja 285. *Málaga. Privilegiada estación de invierno. Guía del turista*, 1929.
- (37) *Estatutos de la Sociedad Anónima Hotel Príncipe de Asturias en Málaga*, Madrid, 1920. A.D.E., caja 285.
- (38) Sobre este hotel pueden verse varios artículos de R. BEJARANO aparecidos en el diario *Sur*, 20-5-1990, 3-3-1991, 17-3-1991 y 31-3-1991.
- (39) CAMACHO, R. (COORD.), *Guía histórico-artística de Málaga*, Málaga, 1992, pp. 361-362.